

San Ignacio de Loyola apóstol de la libertad

Vicente D. Sierra

San Ignacio de Loyola defensor de la verdadera libertad de la persona humana, negada por Lutero y demás propugnadores del servo arbitrio, es lo que aquí nos presenta el historiador D. Vicente D. Sierra.

Coincide el cuarto centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola con horas en las que el tema de la libertad agita a los hombres. Sincronismo providencial, en cuanto evocar la personalidad del fundador de la Compañía de Jesús conduce al problema de la verdadera libertad, que no puede confundirse con el albedrío del individuo o con la absoluta autonomía de la voluntad, puesto que la voluntad es una potencia moral.

Es el de la libertad un tema vital del hombre y de la sociedad; pero se engaña quien suponga que, en todos los casos, el sustantivo identifica algo que, por su forma y su fondo, por su textura y su contenido, conforma una cosa que por ser igual a sí misma no puede ser otra cosa. En las circunstancias presentes se tiende a darle un puro contenido político, inspirado en tesis que, por no advertir la insuficiencia de la persona humana, además de imposibilitar al hombre para realizar su plan individual, abren las com-

puertas para que, como saldo de su fracaso como ente político al que se le ha atribuido una suficiencia que no posee, inunden la escena doctrinas que niegan hasta su autonomía. Porque se da la paradoja de que las tendencias de la cultura occidental dirigidas a la divinización del hombre, que culminan con Nietzsche, terminan por destruirlo, pues tras el superhombre, exaltación delirante del hombre individual, se esconde Marx, exaltación del hombre colectivo. El nexo es un común desprecio a todo orden moral; un mismo rechazo de toda estructura metafísica de la persona humana.

El problema de la libertad es insoluble si no se comienza por establecer en qué consiste el sujeto de la libertad. Se dice que es el hombre. Bien. Pero ¿qué es el hombre? ¿Es solamente conciencia? ¿Es solamente materia? ¿Es solamente vida? Es sabido que el ser se muestra en modos diversos que le son esenciales, aunque permanezca todo entero. Denominamos a esas formas con los nombres de subjeti-

va, objetiva y moral, y se complementan entre sí de tal manera que tomar a cualquiera de ellas aisladamente como la forma más representativa se traduce en una destrucción del ser. Que es lo ocurrido con el hombre, que es conciencia, que es materia, que es vida, pero que sólo es persona cuando se le comprende como una realidad de orden espiritual. Por eso, si bien la sociedad tiene sus derechos, ninguna tiene el derecho de negar el derecho de la persona, porque ésta posee una dignidad que deriva del ser sujeto moral. Por no verlo la humanidad ha ido cayendo en el individualismo, en el soviétismo o el nazismo, derivados lógicos de la desespiritualización de la persona humana.

Dice el P. Quiles: "Bástenos pensar que la dignidad de la persona humana no tiene defensa alguna eficaz ante las demás personas, y menos ante el estado, si no se fundamenta en un derecho absoluto, que esté por encima de la mudable voluntad humana. Todo lo humano es relativo, contingente. Sólo el Ser Absoluto puede ser la *única fuente* de un derecho que no puede ser libre y válidamente anulado por el capricho de un tirano. En realidad, un gobernante que ignora su propia dependencia, y la de sus súbditos, de Dios, puede lógicamente considerarse como la única fuente del derecho y cometer los mayores atropellos. Sin referencia a lo absoluto la moral individual y social es autónoma; y ante una moral autónoma no puede haber en realidad más derecho que la fuerza". "Un derecho que prescinde de la moral y se pone fuera de la valoración ética, acaba por coincidir con la fuerza y por imponerse como el derecho del más fuerte". Es así que sólo en una sociedad católica la legítima libertad vive y se nutre de la razón, libera de las

ciegas pasiones inmoderadas y acomoda la realidad al progreso de la caridad universal. Por esa sociedad católica, por esa legítima libertad, lanzó San Ignacio de Loyola las huestes de la Compañía de Jesús sobre la faz de la tierra.

—oOo—

El ascetismo medieval logró cimentar las fuerzas espirituales del hombre europeo. Al iniciarse el período renacentista, un movimiento de inspiración cristiana intenta dirigir esas fuerzas espirituales a la experiencia de un proceso cultural creador. Tal tendencia es copada por lo que ha dado en ser considerado el auténtico Renacimiento, movimiento que se desarrolla bajo el signo de la liberación de las potencias creadoras del hombre y de la descentralización espiritual. Todas las actividades de la cultura son empujadas a fortalecer su autonomía. Frente al hombre como ente espiritual, descubrimiento del cristianismo, el Renacimiento pone al descubierto al hombre natural. Era lógico que así ocurriera, pues en el curso de la Edad Media el hombre había sido drásticamente aislado de la naturaleza. Pero el Renacimiento cristiano que buscó volver a colocarlo en ella, atendiendo a la correlación existente entre Dios y el hombre, fué vencido por el otro Renacimiento, el cual se apartó de los centros religiosos, con lo que el hombre fué separado de la razón íntima de su existencia, del fundamento divino y profundo de la vida. El segundo acto de este inmenso drama histórico se desarrolla en Alemania. Su protagonista es Martín Lutero. El heresiarca afirma la libertad de la conciencia religiosa, a la par que rechaza la idea de la libertad innata original del hombre. Su concepción de la naturaleza

humana es pesimista, pues entiende que la miseria del pecado ha destruido para siempre al ser humano. La razón humana es para él "*bestia maior mundo*", "*fons fontium omnium malorum*". Lutero no admite la voluntad del hombre y niega rotundamente el libre albedrío. Dice: "La voluntad del hombre se asemeja a un jumento. Si Dios cabalga sobre ella, irá hacia donde él la guíe. Si la monta el diablo irá hacia donde éste la conduzca... Todo tiene lugar según los decretos inmutables de Dios. Dios en nosotros opera el mal y el bien. Todo cuanto hacemos, lo hacemos, no libremente, sino por una verdadera necesidad". Lutero abre paso, así, a las tesis que, tomando al hombre natural disecado por el Renacimiento, permitirán demostrar que actúa por necesidades surgidas de la influencia tiránica que sobre su voluntad ejercen la herencia, la economía, la raza, los factores telúricos o los impulsos incontrolables de su psiquis; es decir, premisas que cimientan en la ciencia la afirmación de que el hombre no es libre, puesto que obrar conforme a lo puramente natural es hacerlo de forma espontánea y agradable, pero renunciando a que la verdad imponga su servidumbre a cada una de las potencias, contrariando la propensión de la naturaleza. Sólo es conforme a la libertad humana obrar en unión íntima del hombre con la verdad.

San Ignacio de Loyola se convierte el mismo año en que Martín Lutero, citado por Carlos V a dar cuenta de sí en Worms, empezó, dice el P. Polanco, "a vomitar clara y públicamente su veneno contra la Silla Apostólica y los Concilios Ecuménicos...". Providencial sincronismo, en que se advierte la mano de Dios. Si las corrientes renacentista y reformista no hubieran encontrado un dique, se ha-

brían extendido en el mundo occidental y se habría perdido el hombre de la cultura de occidente. Ese dique se llamó Ignacio, y su acción alcanzó tal eficiencia que, como dice René Fülöp-Müller, autor que no puede estimarse como afecto a los jesuitas, "los pensamientos que Ignacio, el cortesano español de anteriores tiempos, expuso, lograron pronto en todo el mundo católico poderosa difusión, de lo que resulta que todo el desenvolvimiento de nuestra cultura europea, en religión como en filosofía, en educación como en arte, lleva la marca de ellos, ya por influencia directa, ya indirectamente por el reto que lanzan a la enérgica oposición". Ignacio tiene como meta la verdad, y como sabe que Dios se ha hecho maestro de los hombres con la Revelación —afirmación divina de la libertad humana— comprende que se trata del hecho más trascendental de la historia, y se entrega a buscar el camino para llegar a Dios. Puesto que la libertad es la llave de la verdad, de la sabiduría y del bien, la pone en acción y encuentra lo que busca. "Puedo encontrar a Dios siempre que quiero", dice a su hermano de Orden, Manareo. ¡Es el más grande triunfo de la libre voluntad contra la naturaleza humana! Lo es, porque Ignacio consigue su fin mediante una poderosa tensión de su voluntad, que nos lega como herencia la más alta significación del humano libre albedrío, rigiendo el mecanismo de la voluntad. De esa voluntad que en el hombre natural es substituída por elementos ciegos en aras de las tesis deterministas o evolucionistas y es negada al hombre de la Reforma. Lutero afirma que "el testimonio de nuestra razón nos dice que no puede haber voluntad libre ni en el hombre, ni en un ángel, ni en ser viviente alguno". Para el heresiarca el hombre no

es sólo un pecador, sino el pecado mismo; carece de libertad, "al igual que un tronco, que una piedra, que un montón de barro o que una estatua de sal". Deja sin embargo una pequeña hendidura de salvación: la fe, que Calvino niega, pues estima que todos los creyentes serán condenados si así lo quiere Dios, "pues todo está en su poder y en su voluntad". Es entonces cuando Ignacio entra en la lid para proclamar la vigencia del libre albedrío, y la verdad del destino eterno del hombre. El prólogo divino ha determinado el destino de la humanidad en la tierra, pero si ese destino fuera elaborado exclusivamente por Dios, no habría historia, como no la habría si sólo fuera resultado de la influencia de las fatalidades naturales que actúan sobre el hombre. El destino histórico es el final de un proceso en que el pasado y el futuro se funden en la eternidad, pero tan sólo el amor divino y el amor humano —expresa Berdiaeff— en su trágica correspondencia interna, pueden conducirnos hacia las fuentes de los destinos humanos. Existe una voluntad de Dios en el proceso de la historia que forja el hombre, y es el triunfo de la verdad y del bien, pero por lo mismo que es el hombre libre quien forja la historia, ésta señala sus caídas. Pero se levanta de ellas porque es libre, y por serlo puede conocer la voluntad de Dios. Entre los principios formulados por San Ignacio de Loyola se lee: "El hombre no tiene más que dirigirse hacia Dios por los debidos caminos para alcanzarle; a ello llega solo, con su fervor y el conveniente uso de las facultades naturales. Así como andando, avanzando y corriendo el cuerpo se adiestra, también es posible, por medio de ejercicios, dar a la voluntad la disposición necesaria para *encontrar la voluntad divina*". ¡No se ha hecho una

"Tanto es al crédito que quiere Cristo N. S. que se dé a su Iglesia, que dice por el evangelista San Lucas: *El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros desecha, a mí me desecha*, y por San Mateo: *Si tampoco a la Iglesia diere oídos, miralo como al gentil y al publicano*. Y contra lo que se oye de los que interpretan la inteligencia de la Iglesia Católica, no se debe dar crédito a ninguno, acordándose de lo que dice San Pablo a los gálatas: *Si algún ángel del cielo os anunciara un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema*. Y esto es lo que con ejemplo y palabras nos enseñan los santos doctores y lo determinado en los concilios y comprobado con el común consenso de todos los fieles siervos de Cristo Nuestro Señor." — (Carta de San Ignacio al Negus Claudio de Etiopía).

mayor apología de la libertad! ¡No se ha asignado a la libertad más bella y trascendental misión: encontrar a Dios! Porque encontrar a Dios es encontrar al hombre; como una realidad de orden espiritual. Ignacio afirma y fortifica, en oposición a los fatalismos racionalistas, deprimentes y deshumanizadores, el dogma de la libertad humana, y es el empeño de sus hermanos de la Compañía que creara "*para mayor gloria de Dios*", quien logra en Trento se defina la existencia de la libertad y de su ejercicio, en la posibilidad de consentir o resistir a la acción santificadora de la gracia.

Frente al racionalismo que reduce al hombre a un autómatas obediente a supuestas leyes biológicas, raciales o telúricas; frente al marxismo que declara la impotencia de sus facultades más nobles, para hacerlo juguete ciego de la economía; frente al freudismo que lo entrega

al dominio irresponsable de sus instintos indisciplinados; frente al protestantismo que corta la prolongación en cada hombre de la Encarnación; frente al nazismo que lo somete a los poderes incontrolables del Estado, al amparo de tesis agresivas y disolventes de todo sentido de humanidad; frente al liberalismo que substituye en el hombre a Dios por la duda, y mediante una falsa neutralidad deja a la persona humana sin apoyo, librada al juego de sus imperfecciones que terminan por anular a la persona en la homogeneidad de la masa, se alza la voz rectora de San Ignacio de Loyola, apóstol de la libertad, para decirnos que somos libres, tan enormemente libres que podemos encontrar a Dios siempre que lo queramos. La voz de San Ignacio que tiende a que la persona humana encuentre su misma esencia, pues lográndola se habrá acercado a las fuentes de su dignidad y de su autonomía entre todos los seres del cosmos, y, como dice el P. Quiles, tendrá la explicación suprema de su esencia psicológica, metafísica y moral. Por ser libre el hombre puede seguir el camino del bien o el del mal, el de la verdad o el del error, pero Dios le ha dado la libertad para que encuentre la verdad y el bien. Por eso la verdadera libertad tiene en cuenta las limitaciones de la persona humana, y por lo mismo, la búsqueda de Dios debe ser la de conocer su voluntad, de manera que sin ciertas renunciaciones, que importan abnegación y sacrificio, el hombre no podrá encontrar a Dios. Dice Rosmini: "Pero puesto que la *libre voluntad* puede oponerse a la *naturaleza humana*, de ella procede la servidumbre voluntaria del hombre". Pero se puede servir a la voluntad o a la naturaleza, a la verdad o al error, al bien o al mal. Si no se admite ninguna servidumbre se termina en el in-

dividualismo, pero como la persona humana no es absolutamente suficiente no puede aspirar a constituirse en un Dios intangible, y llega un momento en que el Estado la devora. Es la experiencia histórica que nos ha legado la Revolución Francesa al proclamar los derechos del hombre y del ciudadano, con olvido de que de nada valen si no se quieren reconocer los derechos divinos. Proclamados en 1789, en 1793 se llegó a la negación de todos los derechos y de toda libertad. Digamos con Lionel Franca: "Las relaciones con la trascendencia divina son la insustituible defensa y la suprema consagración de la libertad humana. *Veritas liberabit vos*".

En el cuarto centenario de la desaparición terrena de San Ignacio de Loyola nada nos ha parecido más justo, como hombres que vivimos las angustias de nuestro presente, que evocar, entre los muchos títulos que el fundador de la Compañía de Jesús tiene para el recuerdo imperecedero de los hombres, el de *apóstol de la libertad*, de la libertad salvadora de nuestras esencias, afirmadora de nuestra dignidad; de la única libertad capaz de librar a los hombres de la dictadura de la tierra y de asegurarles las glorias del cielo. Porque él fué quien nos dijo: Usa tu voluntad y Dios te será dado. Si en la mente y el corazón de los gobernantes y los gobernados actúa la presencia de Dios, la verdadera libertad regirá a los hombres con el freno del deber y la razón para contener la sola fuerza apasionada y ciega de los gobernados y el poder de fuerza de los gobernantes. Eso mismo que la experiencia demuestra que no contienen las constituciones ni los códigos. Por eso todos los dictadores huyen aterrados de los pensamientos religiosos.